

## Crónica Literaria

"CRONICAS", por Joaquín Edwards Bello (Zig-Zag).—

Ocurre que no me puedo acostumbrar al silencio de Joaquín Edwards Bello. Lo encuentro tan raro como el de Nikita. Y, desde luego, más sensible. ¿Qué le indujo, de pronto, a convertirse en fantasma? Porque existe, va, viene, circula, se le divisa; pero no habla. Esa palabra que iba de un lado a otro del horizonte periodístico, o sea, de casi todo el horizonte, un día cualquiera, sin explicaciones, enmudeció.

No sólo hace falta en la prensa.

Su comentario de los acontecimientos formaba parte del diario acontecer, completaba las noticias con otra, un eco sonoro, variado, imprevisto, caprichoso, a menudo paradójico, siempre personal, que se había vuelto necesario. Tras cada actualidad impresionante, nacional o internacional, de esas que parten de un lejano fondo histórico y estallan como bombas a nuestros pies, uno echa de menos, entre el reguero de las interpretaciones, el acento de cierta voz, se pregunta qué habría dicho Joaquín, cómo habrían repercutido las cosas en el prodigioso resonador de su experiencia acrecentada por la fantasía y al que un espíritu original prestaba su colorido propio.

Están ahí, es cierto, sus "Crónicas", las de su último libro; pero son pocas y aparecieron hace tiempo. Ya podían haberse publicado muchas más, su producción inmensa proporciona inagotables materiales, debía existir una colección completa, en orden cronológico. Así podríamos avanzar a través de años por nuestra historia contemporánea con el acompañamiento de las imprevisibles luces que proyectan en todo sentido, a lo largo y a lo ancho. Un escritor europeo de su categoría no habría dejado de hacerlo y las empresas editoras se lo hubieran exigido.

Se han trazado muchas semblanzas de Joaquín Edwards: cuando le dieron el Premio Nacional de Literatura, cuando se incorporó a la Academia de la Lengua, cuando le dieron el Premio Nacional de Periodismo. Las ocasiones no han escaseado. Entre esos retratos, hallo preferible el que acaba de aparecer, debido a Hernán del Solar, "Breve Estudio y Antología de los Premios Nacionales de Literatura". Da en el clavo desde el principio:

"Por primera vez en nuestra literatura —dice, página 25— nos encontramos ante una fuerza de la naturaleza en acción. Su obra se parece a los mejores vientos de su Valparaíso natal —ciudad que hace poco le nombró su hijo ilustrado— levanta, arremete, destruye, aúlla, canta, vuelve a embestir y, de pronto, en cualquier rincón, juega mansamente con una hoja o un remolino casi invisible de polvo. Para calificarle, lo primero que asoma es una cuadrilla de adjetivos. Tenemos que espantarnos. Son muy solícitos, es cierto, pero envejecen pronto, casi en seguida chochean, y lo que dicen carece de significado".

He ahí lo esencial. Una fuerza de la naturaleza... Pero después de soplar sobre nuestra literatura y haber arrasado al público, formando remolinos de lectores, la fuerza de la naturaleza ha cesado, el viento se ha detenido. Acaso un golpe súbito de pesimismo. Ha sido una de las propensiones constantes de Joaquín Edwards la queja, la sátira, el aguijón. Recordando a Pezoa Véliz, el gran derrotado, escribe (pág. 260): "¿Es posi-

ble alcanzar la gloria en vida? No lo creo. Podríamos alcanzar cierta consideración por nuestra asiduidad y esfuerzo. La gloria es una quimera. Gloria en vida es acaso un hecho para contados científicos y deportistas. Demos gracias de que Chile sea el país más lector y más curioso de nuestra América. Más que España. Cervantes no figuró nunca en la alta intelectualidad de su patria. Le tenían por un hombre chistoso (para leerlo), indocto, sin carrera, un pobre hombre lisiado, tartamudo y desdichado. No había compuesto un libro serio. (Azorín): ¿Gloria? "La gloria sin el poder —dijo Barrés— es la humareda del asado que se va a comer otro". Silverio Lanza: "La gloria es una cosa que dan los que no la tienen". La fórmula de Verlaine, cuando Darío le habló de la gloria, es aun más enérgica.

¿Ha llegado a ella el escritor, el novelista, el cronista, el académico premiado, leído y glorificado?

En todo caso, sería interesante oírsele.

"HISTORIA BREVE DE LA LITERATURA CHILENA", por Manuel Rojas (Zig-Zag).— Hasta los más fieles admiradores de Manuel Rojas, creo, incluso, que él mismo, habían notado que el admirable narrador de "Lanchas en la bahía", "El vaso de leche", ese cuento clásico, "Hijo de ladrón", etc., decaía mucho cuando, apartándose un poco de su terreno, invadía el de la crítica, expresaba ideas generales, enderezaba rumbo hacia el peligroso mar de las teorías.

Cada cual tiene su órbita. No todos son Goethe.

Mientras aquello no pasó de observaciones episódicas, de tipo personal, ofrecían cierto interés los esfuerzos de un autodidacta que se abre camino, a veces sin quererlo completando la historia íntima de su formación solitaria.

Pero ahora, perdido completamente el saludable miedo, se lanza de lleno en lo más pedregoso y traicionero de la historia literaria, fija valores, distribuye juicios terminantes, ataca con audacia viejos monumentos archiconsecrados por el consenso unánime.

Acierta a veces. Habla bien, por ejemplo, de Eliana Navarro (página 124), "poetisa de escasa obra, aunque de gran categoría, más decidida, quizá con más preparación que otras", le reconoce "un lenguaje más directo y más apasionado, al mismo tiempo que un gran dominio del verso...".

Mejor aun habla de Efraín Barquero, "un poeta de gran personalidad y originalidad, con una voz casi desconocida en la literatura chilena... La tierra, la mujer, el niño, el abuelo, la vida natural de la gente de Chile — quizá la gente de todo Chile...".

Un rasgo curioso. Eliana Navarro y Efraín Barquero, en la misma página, traen cada uno su "quizá", no del todo necesario. En la misma página, Alfonso Laredo aparece con otro dubitativo, más singular. Dice: "Ha vivido mucho tiempo en España, tal vez estudiando...".

¿Qué le pasa con esa fórmula de incertidumbre?

A don Alberto Blest Gana, cuya biografía no puede ignorar, le aplica otra, ya franca y acaso voluntariamente cómica. Dice (página 54): "...a su vuelta de Chile fue meramente un profesor de algo, tal vez de matemáticas...". ¿Pereza? ¿Desdén? ¿Prisa? ¿Le faltó tiempo para leer con detenimiento la vida del novelista? Acaso simple tic estilístico. Proust lo nota en un criado semiculto que nunca afirmaba sus respuestas. Le referían un hecho notorio,

le contaban que un asesino había ultimado al Presidente de la República. Contestaba con gran cortesía: Probablemente...

Acaso un dejo extraviado de la antigua prudencia. Probablemente...

Pero esto carece de gravedad. Lo serio en esta obra destinada a la enseñanza pública empieza en el tratamiento de figuras fundamentales de nuestra historia literaria, bastante retiradas en el tiempo para admitir vacilaciones y sobre las cuales hay opinión definida.

Tenemos en la Colonia, en pleno siglo XVII, a un poeta en prosa, ingenuo, delicioso, pospuesto durante el siglo XIX por prejuicios sectarios, que Solar Correa reivindicó y puso en su sitio, el Padre Alonso de Ovalle, único en su tiempo capaz de sentir y pintar la naturaleza y que lo hizo en términos incomparables no sólo aquí, sino en la literatura universal. Manuel Rojas le hace toda clase de gestos despectivos. Afirma que sus paisajes son deshumanizados "sin un ser humano (página 16) o con un ser humano que no es el que corresponde a ese paisaje", cosa que probablemente ni él mismo entiende. Agrega: "Se ha pretendido que Ovalle es el primer gran prosista chileno; pero no basta que un prosista sea descriptivo para que se le considere grande", sentencia digna de Gedeón. "Mirado seriamente, Ovalle es más bien un poeta en prosa ¡qué novedad! "Un poeta sin gran experiencia que transmitir o con una experiencia superficial. Los prosistas chilenos de los siglos XIX y XX no le deben nada, en nada se le parecen". ¿Y qué? Peor para los prosistas chilenos de esos siglos. "Lo superan en conocimiento y en experiencia del país" que no son valores poéticos, "aunque él pueda superarlos como poeta, cosa que en verdad vale bien poco...". Y como si faltaran todavía más pruebas de candor y de incompetencia: "Un poeta descriptivo es un escritor incompleto". Innecesario comentar estas puerilidades.

Demolido así, de paso, ese orgullo de las letras nacionales, sin par en la literatura hispanoamericana del coloniaje, Manuel Rojas ataca al Abate Molina sobre el cual se prepara un libro que demuestra sus anticipaciones a Darwin, sabio fundante con el Gello, que, sin más armas que su intuición adivinatoria, esbozó la teoría de la evolución y fue respetado y estudiado en Europa. Manuel Rojas dice que sus tres libros (página 19) fueron escritos y publicados en italiano, una gran falta, sin duda, estando en Chile. Agrega: "Ninguno de ellos tiene gran valor y todos están llenos de errores históricos y filosóficos". Uno se pregunta para qué lo nombra, entonces.

Casi peor suerte corre en sus manos el Padre Lacunza, enorme y misterioso heresiarca que hasta hoy cuenta con discípulos, cosa que no se podría decir de ningún autor colonial y que, junto con Ovalle y Molina, nos permite alzar la cabeza en la intelectualidad de su tiempo. Le reconoce talento como novelista en germen por una carta bellísima, muy comentada, apunta con extrañeza su influjo, aun entre protestantes y católicos, pero su trascendencia no la advierte, la mira de alto abajo.

Por lo demás, esta es en grandes líneas su actitud: el desgano, la indiferencia, el desdén, una especie de ignorancia olímpica. Jamás un modo cordial, una exclamación de entusiasmo, algo que brote de adentro. Se le diría cumpliendo una obligación penosa y desagradable. ¿Jotabeche? Un costumbrista, un cualquiera, simple imitador de Larra o Mesonero. El autor del mejor libro chileno de todos los tiempos, caso extraordinario de prosa viva y familiar, colorida, excepción que deja a Encina pasmado y pensativo como un milagro entre sus grises contemporáneos, Pérez Rosales, apenas le merece unas líneas que respiran desabrimiento e incompreensión de su tamaño, de su importancia, más o menos al mismo nivel, para quien no lo conozca, de Guillermo Atías, Rubén Azócar, Juan Modesto Castro, María Carolina Geel, Reynaldo Lomboy y otro, que, ciertamente, se asombrarán de verse hombro a hombro en tal compañía.

Historia breve, pero asombrosa de la Literatura Chilena es la que ha escrito e, inexplicablemente, publicado Manuel Rojas. Diríase calculada para demostrar las limitaciones del talento y cómo un escritor puede ser muy inteligente y muy valioso hasta cierto punto y, más allá, producir una respetuosa compasión. Esta es, por otra parte, una de las ideas difíciles de incrustar en el cerebro común. Dicen: El que hace un cesto hace ciento. El que puede lo menos puede lo más. No es verdad. El que hace un cesto, sobre todo, si lo hace bien, acaso nunca más vuelva a hacer otro parecido. El que puede lo más, tal vez tropieza, se enreda y cae en lo menos. Autor de las mejores páginas de nuestra literatura en la novela y el cuento, no está lejos Manuel Rojas, en el género crítico, de haber escrito las peores. "Suum cuique". Pastelero a tus pasteles.